

## los paisajes de la piedra en seco

## the dried stone's landscape

texto: jordi domingo/ biólogo  
francesc jarque / fotógrafo

La piedra en seco es un fenómeno cultural resucitado en los últimos años y que comienza a ser valorado como una parte indisoluble de nuestra geografía. Los diversos trabajos, estudios locales y congresos han permitido acotar el concepto de la piedra en seco, pero sobre todo han contribuido a definir esta arquitectura dentro de las coordenadas del paisaje, a dotarla de referentes humanos, históricos y socioeconómicos.

Es evidente que nos estamos refiriendo a una arquitectura en la que la piedra es la principal protagonista, en la que no se utilizan materias aglutinantes como la argamasa, o más recientemente el hormigón. No obstante, esta definición no es suficiente para referirnos a los paisajes que todos tenemos de una manera intuitiva dibujados en nuestra memoria. Al fin y al cabo, los talaiots menorquines, los nuraghis sardos y otros monumentos megalíticos cumplen también estas condiciones. Por ello, estos paisajes se encuadran en lo que se ha querido llamar arquitectura popular de la piedra en seco, eso sí, con una serie de connotaciones: en primer lugar, estos paisajes se caracterizan por ser la representación de un modo de vida ligado al medio rural, un territorio en continua explotación, transformado y aprovechado con fines económicos. El material utilizado es de origen local por lo que existe una notable adaptación al medio, justificada en parte por un marcado funcionalismo en el que no existe necesariamente una aspiración estética. Y finalmente, es fruto de la experiencia colectiva y de una tradición heredada a lo largo de cientos de años, un modelo constructivo sincrónico que se ha transmitido a lo largo de los siglos sin apenas variaciones y conviviendo con otras arquitecturas.

Deberíamos en cambio referirnos a este paisaje como las arquitecturas

de la piedra en seco ya que no se trata de un fenómeno local asociado a las culturas mediterráneas, como tantas veces se ha pretendido, sino un fenómeno universal que aparece sencillamente allá donde hay piedras y una necesidad de aprovechar el territorio. Por tanto, en diferentes lugares, en diferentes momentos y condiciones muy diversas; si la ubicuidad puede resultar llamativa más aún lo es la sorprendente convergencia constructiva. Los bancales, muretes y cabañas del mediterráneo peninsular apenas difieren de los de Grecia, Italia, Inglaterra, Argentina, Canadá o Australia. La piedra en seco ha nacido y renacido en los diferentes territorios del mundo con un mismo denominador común: el hambre de tierra, la necesidad de ganarle espacio a la tierra improductiva. No obstante, los últimos fenómenos, las características socioeconómicas que han favorecido estos procesos roturadores, son muy diversos. Aunque la construcción del medio rural siempre ha estado en marcha, el siglo XVIII marca los episodios más significativos de avance sobre las tierras yermas en buena parte del sur de Europa. En la Comunidad Valenciana es un fenómeno asociado a las leyes desamortizadoras y desvinculadoras, en otros casos a las grandes vías pecuarias que bajan desde Aragón y Castilla. En Liguria, en cambio, la construcción de bancales de extensión infinita se debió a una situación ventajosa de su aceite. En el sur de Francia la plantación de vides transformó el secano con la construcción de cientos de hectáreas de bancales empedrados para que, años más tarde, la Rioja y la Mancha aprovecharan la llegada al país gallo de la filoxera para reconstruir el fenómeno francés en su propio territorio. Hasta los territorios de ultramar, como Canadá, Estados Unidos o Australia recibieron este legado, pero esta vez por la migración de sus constructores.





De uno u otro modo, los paisajes de la piedra se han apoderado de los diferentes territorios en un intento de transformar el medio en provecho del hombre. Nunca ha importado el tipo de roca, la forma de aflorar, ni

siquiera la calidad de la piedra. El constructor del campo no ha tenido más posibilidades: utilizar los recursos locales de manera racional, con la máxima efectividad y economía de esfuerzos. Los bancales y barracas

The dried stone is a cultural phenomenon revived in the last years that has started to be valued as an indissoluble part of our geography. The diverse works, local studies and congresses had allowed enclosing the dried stone concept, but overall they had contributed to define this architecture inside the landscape coordinates, providing it with human referents, historical and socioeconomic.



It is evident we are referring to an architecture in which the stone is the main protagonist, in which binding materials as the mortar, or recently the concrete, are not used. Nevertheless, this definition is not enough to refer to the landscape we all have in our mind in an intuitive way. When all's said and done, the Menorquines *talaiots*, the Sardinian *nuraghis* and other megalithic monuments fulfil also these conditions. That is why these landscapes are enclosed in what has been called popular dried stone architecture, but with some connotations: first of all these landscapes are characterized for being the representation of a living style linked to the rural ways, a territory of continuous exploitation, changed and taken in advantage with economic



purposes. The material used has a local origin so it has an outstanding adaptation to the environment, partly justified by a marked operation in which there is no need of an aesthetic aspiration. And finally it is a

result of the collective experience and an inherited tradition along hundreds of years, a synchronic constructive model that has been transmitted along the centuries without variations and living with other architectures.

son de granito, pizarras, calizas, esquistos o gneises por una razón muy sencilla... el volumen de material que las forma supone la movilización de entre 2 y 16 toneladas de roca. Por decirlo de otro modo, a cada cual le toca la piedra que le toca y ese es su material constructivo. A cambio hemos recibido unos paisajes armoniosos, equilibrados, de una sencillez lúcida y perfectamente integrados en el medio. De hecho, no podía ser de otra manera, son parte del medio, son reordenaciones de los elementos disponibles en el medio.

Esto no quiere decir que el constructor de la piedra en seco renuncie siempre a los aspectos estéticos. La prueba es que, ya en el siglo XXI, el valor estético de los paisajes de la piedra en seco se ha erigido como una de las razones de mayor peso para plantear su conservación. Dicen los buenos paredadores que si una piedra ha de tocarse más de una vez esa no es ni la pieza adecuada ni su lugar. Un simple vistazo a los márgenes de piedra revela disposiciones muy variadas, hasta caprichosas, con una cadencia de colores, tamaños de piedra, inclinaciones, etc. La construcción de una de estas estructuras se asemeja a un rompecabezas gigante donde cada piedra tiene su lugar idóneo y la disposición de una sola de ellas alterará necesariamente la posición de las otras. Como en toda obra existen resultados peores y mejores, constructores más hábiles y menos agraciados, obras en las que lucirse y otras en las que cumplir con lo estrictamente necesario. Pero sólo algunos constructores de estos paisajes tienen una visión privilegiada delante del montón de piedras arrancadas a las entrañas de su campo, una visión única de la volumetría final, de las caras planas, de los retoques necesarios para que el lugar que ocupa un determinado elemento sea perfecto, único, insustituible.

Los paisajes de piedra, aunque rescatados para nuestra memoria, van desapareciendo con el paso del tiempo. La montaña recupera, después de varios decenios, el espacio que le correspondía. Por muy sólidas y efec-



tivas que sean, estas construcciones tampoco son inmutables al paso del tiempo y nuestros bancales, cañadas y casetas van camino de la ruina.

Es un paisaje enorme, inabarcable para cualquier estudio y para cualquier trabajo de recuperación. Hemos aprendido a valorarlo, a reconocerlo como propio entre nuestro abultado catálogo de paisajes.

Ahora que hemos introducido nuevos referentes para su comprensión debemos encontrar también nuevas fórmulas para conservarlos. Al fin y al cabo estas construcciones son el resultado de la ocupación, del aprovechamiento, uno de los signos más evidentes que nos queda del hecho de habitar los espacios no urbanos. La piedra en seco enriqueció nuestro paisaje: no sólo se plantaron almendros, algarrobos u olivos, sino paredes, bancales, y en definitiva paisajes.

We should, on the other hand, refer to this landscape as the architectures of the dried stone because it is not a local phenomenon associated to the Mediterranean culture, as many times has been pretended, but a universal phenomenon that appears simply where there are stones and a necessity of taking advantage of the terrain. Therefore, in different moments and diverse conditions. If the ubiquity can be shown the surprising constructive convergence will be even more. The terraces, walls and huts of the peninsular Mediterranean defer slightly from the ones from Greece, Italy, England, Argentina, Canada or Australia. The dried stone has been born and re-born in the different territories of the world with the same common denominator: world famine, the necessity of gaining space to the unproductive land. Nevertheless, the last phenomenon, the socioeconomic features that have favoured these breaking processes are diverse. Even though the rural environment construction have always been under way, on the 18th Century marks the most advanced significant episodes over the waste land in great part of south Europe. In the Valencian Community it is a phenomenon associated with the separating laws, in other cases to the big cattle ways come down from Aragón and Castile. On the other hand in the Liguria the terraces construction with an infinite extension is due to an advantageous situation of its oil. In south France the grapevines plantation transformed the dry farming with the construction of hundreds of

hectares of terraces cobbled so, years later, la Rioja and la Mancha would take advantage of the arrival of filoxera to reconstruct the French phenomenon in its own territory. Until the overseas territories, like Canada, the United States or Australia received this legacy, but this time because of the builders' migration.

One way or another, the stone landscapes have taken possession of the different territories in an attempt of changing the environment into men's benefit. It had never been important the kind of rock, the way of appearing, nor the quality of the rock. The land builder had not had more options: to use local resources in a rational way, with the highest effectiveness and saving efforts. The terraces and thatched cottages are made of granite, slate, calcareous, esquitos or gneises because of a simple reason... the volume of the material that forms them involves the mobilization of 2 to 16 tonnes of rock. Saying it in another way, each one gets the stone that he gets and that is his constructive material. In exchange, we have received some harmonious landscapes, balanced, with a splendid simplicity and perfectly integrated in the environment. In fact, it could not have been in any other way, they are a part of the environment; they are restructuring the available elements in the environment.

This does not mean that the constructor of the dried stone renounces always to the aesthetic aspects. The prove is, even in 21st Century, the aesthetic value of the landscapes with dried stone has been one of the greatest reasons why suggesting its preservation. The good paredadors say that if a stone has to be touched more than once, that means it is neither the adequate piece nor the place. A quick look to the margins of the stone reveals very changing dispositions, even whimsi-

cal, with shades of colours, sizes of stones, slopes, etc. The construction of one of those structures is similar to a gigantic puzzle where every stone has its perfect place and the disposition of just one of them will change necessarily the position of the rest. As in every work, there are better and worse results, more or less skilful constructors, works to show off and some others to carry out just the strictly necessary. But only some of these landscape constructors have a privileged view in front of a great amount of stones pulled away from the land, a unique view of the final volumetric, of the plane faces, of the needed touching up so the place that a determinate element occupies is perfect, unique, irreplaceable. The stones landscape, thou rescued for our memory, disappear though the pass of time. The mountain recovers after some decades the space it had. These constructions can be solid and effective but they are not immutable to the pass of time and out terraces, cattles and huts are about to fall down.

It is an enormous landscape, boundless for any study or any recovering work. We have learned how to value it, recognizing it as ours in our huge landscape catalogue.

Now we have introduced new referents for its comprehension, we also have to try to find new ways to preserve them. At the end, these buildings are the result of the occupation, of the use, one of the more evident signs that remain from the fact of inhabiting the non-urban spaces. The dried stone enriched our landscape. There were not only almond trees planted, carob trees or olive trees, but walls, terraces and in short, landscapes.